

El universo de Miró

menage-a-dos | agosto 17, 2014

El placer de hoy: Viaje al origen del arte de Joan Miró en Mont-roig

La plaza mayor de Mont-roig del Camp está empinada, en lo alto de una colina de asfalto y piedra. Estamos desayunando sentados en la terraza del bar. El reloj de la iglesia vieja marca las horas y da paso al sonido de las campanas, que nos transporta al pasado sin dejar de estar en el presente. Pagamos la cuenta y caminamos a penas veinte metros hasta encontrar el [Centro Miró](#), un espacio de interpretación de la obra del artista, que no se puede entender si no se visita alguna vez esta población. Él vivió aquí, escapando de un destino familiar que le elejaba de sus anhelos artísticos, y fue aquí donde dio rienda suelta a su creatividad por primer vez.



Nos recibe Irene Dechslé, que no solo se encarga de las visitas, sino que en seguida nos demuestra que es una gran apasionada de la obra de Joan Miró. Primero de todo, visionamos un documental de 1979, en el que el artista, ya de una muy avanzada edad, desgana en una entrevista su relación con Mont-roig y hasta qué punto marcó su arte. Solo hace falta fijarse en sus colores más característicos: el rojo es el color de la ermita del pueblo y de las rocas rojizas; el negro lo utilizaba como oposición al rojo; el azul representaba el cielo de Mont-roig, que tanto reflejó en sus cuadros; el verde, sus algarrobos, que tanto le inspiraban, hasta el punto que se llevaba sus frutos en su maletín cuando viajaba a París; y el amarillo, que escogió para reflejar las florecillas y las pequeñas plantas de Mont-roig del Camp.



Irene se ha prestado a guiarnos por la exposición permanente que interpreta la vida y la obra de Miró. Nos habla del cuadro *Mont-roig, poble i església*. "Él siempre introducía alguna referencia a Catalunya en sus obras", nos puntualiza nuestra experta compañera de viaje. A veces es una bandera catalana; otras, la referencia a los payeses... En las obras de Miró descubrimos elementos perfectamente identificables con el paisaje de Mont-roig, como los olivos o la playa, donde retrató en 1916 un gran pino que servía de guía para los pescadores. Irene nos explica que el pintor iba andando desde la masía familiar hasta el mar y que, una vez allí, se dedicaba a recoger objetos que le inspiraban, como raíces o conchas. A veces, despertaba las habladerías de la gente con su comportamiento algo excéntrico para su época, como cuando se ponía a hacer gimnasia en la arena con solo unos calzones.



Nuestra guía nos destaca la fascinación de Miró por todo su entorno, desde cualquier insecto volador a las calabazas, pasando por las cañas de las tomaqueras (origen de las famosas estrellas de Miró). La vida rural le atrajo sobremanera, como demostró en obras como *La masía* (1921-1922), que adquirió Ernest Hemingway y que es como un inventario de una casa de payés. Y es que el Mont-roig más bucólico le marcó mucho. Un ejemplo es su famoso mosaico que hay en la Rambla, el Pla de l'Os, que creó a imagen de las alfombras de flores que se elaboraban en el pueblo.



En el Centre Miró se reproducen 22 cuadros del pintor. Uno de ellos, *La masovera* (1922-1923), nos traslada directamente a uno de los personajes más populares del belén: la payesa con la cesta y el conejo. En este punto de la visita, Irene nos puntualiza la atracción de Miró por los pies descalzos. Y es que así están en contacto directo con la tierra. Nuestra guía insiste en remarcar tres elementos muy importantes en la simbología mironiana y que están muy vinculados a Mont-roig del Camp: la chumbera, los algarrobos y el agave o atzabara, muy presente en el entorno de la ermita de Sant Ramon, un lugar que, tal y como confesó Miró, le daba "fuerzas", como los árboles a cuyos pies hacía la siesta.



Es en el tapiz *El llangardaix de les plomes d'or*, la única obra original que se puede ver en el centro de interpretación, donde se plasma también la fuerte vinculación de Miró con Mont-roig y todos los elementos inspiradores que encontró entre sus gentes y sus parajes naturales. Irene nos habla con pasión de la conexión tan fuerte que había entre el artista y esta población.

Acabamos nuestro recorrido absolutamente hipnotizados con la obra *La terra llaurada* (1923-1924), en la cual el pintor plasmó perfectamente hasta qué punto su marcha a París supuso un auténtico cambio de etapa (hay que fijarse, por ejemplo, en el detalle de los pájaros migrando junto al sol naciente). En ese momento, rompió con su pasado, aunque nunca dejó de estar vinculado a su tierra. No en vano, él mismo reconoció después que en la capital francesa "vivía en una desorientación absoluta" y que, en cambio, en Mont-roig, le "volvió la pintura".

Sencillos detalles, pequeños placeres

-Es imprescindible seguir la ruta 3MR (Mirar, Miró, Mont-roig). Una vez hayáis visitado el Centre Miró, podéis recorrer el pueblo y sus alrededores buscando la localización exacta de algunos de los cuadros pintados por el artista. Para ello, os facilitarán un mapa y, en cada sitio, encontraréis una señalización especial. En concreto, entre la playa y la ermita de Sant Ramon hay un total de nueve localizaciones que corresponden a otros tantos cuadros, entre los cuales hay que destacar *Platja de Mont-roig* (1916), *La casa de la Palmera* (1918), *Hort amb ase* (1918), *La masía* (1921-1922), *Poble i església de Mont-roig* (1919) y *Mont-roig, Sant Ramon* (1916), con la popular ermita, que está documentada por primera vez en 1586. Una visita obligada en este itinerario es el Mas Miró, aunque ya os advertimos que, hoy en día, da algo de tristeza verlo tan cerca de la autopista y en el estado de abandono en que se encuentra. Con el mapa, podréis comparar vuestras fotografías con la imagen de los cuadros de Miró.



-No os vayáis de Mont-roig sin visitar su iglesia nueva. Es de 1801, pero destaca por las pinturas murales de los años 70, representantes del movimiento de los curas comunistas. En los frescos se pueden ver personajes proletarios, obreros, dando a entender que la Iglesia tenía que estar al lado del pueblo.

